

LA AUTENTICIDAD DEL HOMBRE ES SU HISTORIA

JULIO CESAR ARROYAVE DE LA CALLE

No se conmovió el mundo como debió haberse conmovido, al cumplirse los quinientos años de la hazaña del Almirante Cristóbal Colón quien se atrevió a cruzar el Océano Atlántico desde Europa hasta tocar tierras desconocidas con la esperanza de llegar a las Indias Orientales como era el propósito de su aventura. La cual resultó ser "un descubrimiento" que ni él ni los cerebros del viejo mundo —que ya habían culminado en la Edad Media el programa de las culturas indoeuropeas, asirio caldeas, griega, romana y bizantina— se imaginaron.

Y no se conmovió este mundo contemporáneo con la noticia de los quinientos años de América, por haberse olvidado ya de lo que fue realmente la hazaña de Colón, quien abrió las puertas de otro mundo a la invasión de todas las condiciones sociales de España y otros pueblos navegantes que desempeñaban conquistar otros horizontes.

Sin embargo, lo que ha debido celebrar el mundo de hoy es que detrás del descubrimiento venía la verdad impresionante de que la tierra era redonda, y tenía movimiento conforme a los presagios de Galileo. Como de la luz de un relámpago se esparció en todas partes la verdad —presentida quizás— que echó por tierra todas las incógnitas contenidas en las concepciones de pensadores y científicos. Y de esta manera, quedaba postrado el sentido que traía la historia; y que es el que ha debido impresionar la mente de los seis mil millones de habitantes del planeta, en los días del quinto centenario.

Claro que aquel momento que marca el año de 1492 resultaba insignificante comparado con el 20 de julio de 1969 cuando tres astronautas pisaron la luna, demostrando así que era posible navegar por el espacio; o cuando las sondas Viajero I y Viajero II en 1980 y 1981 fotografiaron después de casi doce años de navegación espacial los más lejanos planetas del sistema solar y nos mostraron cómo eran Saturno con sus 18 lunas, Júpiter con sus 16 satélites, Urano con 15 y Neptuno con 8, entre ellos Tritón, volteando al revés de los siete restantes sin saberse por qué. Y la maravillosa visión de estos gigantes cuerpos presentaba anillos en todos ellos, y no sólo en Saturno.

El descubrimiento de América no inquietó ni siquiera como espectáculo histórico a las gentes de hoy; la ciencia del universo acababa de indicar que el sistema solar era imperceptible en una insignificante esquina de la vía láctea, donde hay tres billones de estrellas mayores que el sol; y que más allá de esta nuestra galaxia estaba Andrómeda con más de cuatro billones de estrellas; y que a estas dos galaxias, las acompañan treinta y ocho más.

Que la composición de la materia y su estabilidad obedece a las tres fuerzas cósmicas de la gravedad, la energía nuclear y el electromagnetismo.

Pero es el hombre quien ha sido capaz, desde su planeta tierra, de alcanzar la realidad del cosmos con el cual las noches de tantas generaciones como hemos tenido,

han entretenido los ojos de quienes se han puesto a mirar las estrellas, extáticos ante su misterio.

Y, la realidad del universo, la ha dado América; esta parte de la tierra a donde llegaron balanceándose las tres carabelas del visionario del mar. Aquí ha prosperado el conocimiento cosmográfico con inusitada evidencia. Y en quinientos años hemos hecho una historia fascinante con otros descubrimientos como los de la física, las matemáticas, y las Ciencias de la Naturaleza; que le permiten al mundo ver televisión, valerse de la radiocomunicación, embriagarse de arte y música con el cine; y crear una industria que asombra.

Esta es la lección de la historia que como un reloj, va anotando segundo a segundo, el transcurso del hombre en la tierra. Y aunque esta es una lección; ella demanda una tarea gigantesca a los hombres de estudio que han dispuesto la cronología y se ocupan de comprender la razón y el sentido de este enorme proceso de la vida del hombre. Esta historia toma en cuenta en primer término el espíritu porque ella es ante todo la expresión de los valores; y así solamente en el mundo social hay tantas manifestaciones que resulta prolijo ordenarlas y describirlas.

Los textos de historia, las enciclopedias y los manuales, llenan millones de páginas con los llamados Hechos políticos que hoy como nunca son trasunto de gobiernos confundidos por la vorágine de las multitudes que los acorralan y los maltratan hasta destrozarlos en muchos casos. El mundo ha llegado al tercer milenio de la historia, trastornado y casi demente con la crisis institucional. Las tecnologías han desarrollado una capacidad inabarcable de la economía que ningún cerebro es capaz de controlar, menos de orientar su dominio. El hombre-multitud ya no sabe para dónde va, ni qué destino le espera. Los sistemas más sofisticados como las computadoras facilitan información tan caudalosa que difícilmente permite formular un criterio acertado y providente, mientras las masas aullan por doquier y se despedazan en la desesperación de sus problemas y errores.

En sólo 95 años pasó la población del mundo de 2.000 millones que habían tenido una lenta multiplicación, a 6.000 millones que ahora congestionan ciudades y campos, sin que haya solución ninguna al vector antropológico que avanza como un huracán. Ningún gobierno logra moderar siquiera la superpoblación de la tierra, que se ofrece en un 70 por ciento de personas en pleno subdesarrollo y un 30 por ciento en élites sociales disfrutando de comodidades pero soportando una presión social insostenible. Los conflictos llenan páginas de todos los periódicos y publicaciones, mientras deforman instituciones de toda clase para buscar soluciones locales que mitiguen por lo menos el fenómeno del hambre que abrumba en numerosos sitios.

Todo lo compromete el desequilibrio del mundo; porque hoy ningún país por oscuro que parezca, puede sustraerse a las presiones internacionales; y se ve obligado, quiéralo o no, a librar la batalla de la supervivencia con los medios a su alcance. Las reuniones de los líderes en todas las materias de la política, la ciencia, la moral, se suceden de mil modos, pero el alivio que se consigue difícilmente merma en cada pueblo la situación social.

Las Naciones Unidas realizan una labor coordinadora y conciliadora, buscando soluciones inteligentes y posibles. No obstante sus organismos en pro de la salud como UNICEF, en pro de la alimentación como la FAO; o en pro de la Educación como la UNESCO; apenas alcanzan a establecer criterios insuficientes para la vastedad de las desventajas humanas.

A pesar de todo, la gente no se resigna, y hace cuanto puede por sobrevivir, como ocurre por ejemplo en Africa; o entre el fragor de un conflicto armado como

ocurre en Bosnia. Ya sea pues en pueblos atrasados o en pueblos de tradición cultural avanzada, la situación es la misma, un conflicto social permanentemente, mientras las gentes buenas y dueñas de algún bienestar claman por la paz a una sola voz; y no aceptan ni pueden aceptar que no se pueda convivir con honestidad y sensatez.

Mientras los ensayistas y politólogos lanzan a la circulación libros con teorías y soluciones, el medio social se convulsiona más y más; y aumenta la zozobra y se propaga como un incendio la locura del crimen, que invade ciudades y regiones como una peste de inmoralidad. Sólo su santidad, el Papa Juan Pablo II, el Pastor de las multitudes, la voz humilde de Dios, no apaga la luz de la misericordia; y cree con una fe insobornable que nace de su corazón erguido como una roca, que Dios está presente y no abandona en ningún momento por nefanda que sea la tragedia humana a sus súbditos, cuyo sufrimiento tiene un consuelo que no emana de la confusión y las tinieblas sino del reconocimiento de nuestras fallas y la esperanza de un mundo que supera todos los infortunios.

Sólo a la luz del espíritu, la historia del hombre adquiere una explicación satisfactoria; y por eso la anécdota toma la vivencia de la tradición como esfuerzo creador que enaltece a la persona o el grupo, y pone de presente que vale la pena vivir por un servicio a los demás, sea nuestra familia que tiene el valor de la sangre, sea por el desconocimiento que tiene el valor de compañero en la desventura, o la amistad en la caridad. La historia nos enseña que no todo está perdido.

Abril 9 de 1996